

EL DERECHO A LA EVOLUCIÓN
Anselmo Lorenzo

100 2000
ANSELMO LORENZO

Sp 0.80
43

EL DERECHO A
LA EVOLUCION

Conferencia Sociológica

PRECIO: 10 CENTAVOS



BUENOS AIRES 1928

ANSELMO LORENZO
EL DERECHO A LA EVOLUCIÓN
Conferencia Sociológica

PRECIO: 10 CENTAVOS

BUENOS AIRES 1928

EL DERECHO A LA EVOLUCIÓN

Ni por la religión, ni por la ciencia, ni por la conveniencia podemos los trabajadores otorgar un día más de privación y de dolor a los señores del privilegio para que se pongan de acuerdo y nos ofrezcan un pasadero bienestar.

Sabemos que no se pondrán de acuerdo jamás, y que no lograrán que la usurpación propietaria dé pan a los hambrientos, ilustración a los ignorantes ni felicidad a los desgraciados.

No se repetirá ya el cándido y generoso ofrecimiento de aquellos trabajadores franceses que, en 1848, pusieron dos meses de hambre al servicio de la república, que fueron recompensados con el establecimiento de los talleres nacionales, un ridículo fracaso, y más tarde con la dictadura militar, una horrible matanza.

Cuantos intelectuales nos hablan de cultura, de reformas, de instituciones de previsión, de ahorro, de higiene, de armonía entre el capital y el trabajo, si vienen de buena fe, ayúdenos en nuestra obra de reivindicación y de emancipación; abiertas de par en par tienen las puertas del sindicalismo; nadie les priva de constituirse en sindicatos de producción intelectual; por ejemplo, en defensa de sus derechos de autor contra la explotación editorial; porque, más o menos privilegiados, y a veces más míseros que los obreros de blusa bajo su traje decentemente presentable, son asalariados al fin, y sus emolumentos, sus honorarios, su sueldo, su contrato o su contrata tan salario es como nuestro jornal, y también por accesión

dan a propietarios, capitalistas, empresarios y editores el fruto de su saber, y pueden concertarse con nuestros sindicatos, federaciones y confederaciones; en el libro, en el periódico y en la tribuna pueden prestarnos utilísima cooperación. Pero al que venga a ofrecernos las sobras de su saber, a la manera de fraile que reparte las sobras de la comunidad en la caldera caritativa a la puerta de su convento, presentándonos como una necesidad la continuidad indefinida de la usurpación y monopolio de los medios de producir, y nos ofrezca una emancipación como trabajo de infusorio capaz de levantar montañas en siglos y siglos de interminable paciencia, váyase en hora mala con su bazofia intelectual. Con el proletariado consciente y activo de todas las naciones, constituido en corporación filosófica y revolucionaria, repetimos: queremos vivir de la justicia, no de la caridad.

El que abandone injustas y falsas superioridades, el que no nos trate de igual a igual, el que no comprenda y no sea capaz de practicar con nosotros la parábola del buen samaritano, será quizá un superhombre, no un hombre, no un hermano nuestro en la grande, hermosa y justa solidaridad humana.

El hombre no puede aceptar las cosas y los hechos sin inquirir las causas. Sus facultades y sus necesidades le obligan a investigar para saber, para precaver, para evitar, para conseguir, para conservar.

Mas, para saber más, se ha de saber antes algo; sin conocimientos previos y auxiliares no puede penetrarse en el terreno de la investigación científica, ni siquiera se siente la necesidad de saber ciertas cosas por no haber llegado la ocasión de plantearse ciertos problemas.

Cuando aun no se sabía, se imaginaba. En remotos tiempos de atraso intelectual surgieron las religiones, obedeciendo a la necesidad de conocer una verdad que nos explicara las causas de los fenómenos naturales y a todos nos uniera en un pensamiento común.

La religión o, por mejor decir, el sentimiento religioso, y, por tanto, cada religión inicial —tomando la palabra *religión* en su sentido recto, según la etimología, de religar, de reunir, con el que se dice hoy “la unión hace la fuerza”— puede considerarse como la tendencia solidaria de la humanidad a concordar en el conocimiento de la verdad.

Se comprende que en tiempos pasados, faltando datos para elevar la inteligencia al conocimiento positivo, partiendo del supuesto de nuestra incapacidad para conocer la causa creadora del universo, se recurriera a la revelación y se imaginara la existencia de un ser supremo creador y revelador, Brahma u Osiris, Júpiter o Jehová.

¿No hablamos hoy de la Verdad, de la Justicia, de la Belleza, por ejemplo, como abstracciones que tuvieran vida real, como si

vivieran separadas de las cosas, y las consideramos como agentes de la oración gramatical capaces de poner en movimiento todos los verbos del idioma? ¿No vemos materializadas esas abstracciones por los artistas que representan la Verdad, la Justicia y la Belleza por hermosas mujeres con tal o cual aspecto y determinados atributos? Pues así seguramente procederían nuestros antepasados prehistóricos.

Seamos, pues, indulgentes con los creyentes, pobres de desmedrada inteligencia por educación e ilustración falseada y deficiente; pero severos, inexorables con los explotadores de las creencias, fomentadores de la ignorancia, traficantes de la mentira, con lo que viven y triunfan causando daños inmensos.

La duda, ese desequilibrio entre la convicción y la creencia, entre la fe y la ortodoxia, originó la filosofía, que es el deseo de saber, si se trata de investigar generalidades, o la herejía, que representa la lógica, si se trata de investigar la racionalidad de una creencia.

Pero la filosofía y la herejía, fuertes en el terreno negativo, porque les fue fácil demostrar las incongruencias en que incurrieron las teogonias, carecían de datos positivos y experimentales para sus respectivas afirmaciones y, negando errores, inventaban errores nuevos.

Hasta que vino la ciencia y, tras siglos de Investigación, de experiencia, de observación, de controversia, de persecuciones y

de metodización, pudo dar una base firme y positiva a la inteligencia, diciendo con Haeckel:

“El universo es eterno, infinito e ilimitado.

La substancia que le compone, con sus dos atributos, materia y energía, llena el espacio sin fin y se halla en estado de movimiento perpetuo”.

Salimos, pues, de los dominios de la fe que se convirtieron en imperio de la hipocresía, y entramos en la república de la ciencia, en la que, bajo apariencias democráticas, aun continúa la oligarquía de los poderosos.

Hoy, como en los remotos tiempos del esplendor de Egipto, saben o pueden saber unos y creen por no poder saber otros, permaneciendo, como consecuencia, en todo su vigor el dualismo social que prolonga la injusticia y el sufrimiento, a pesar de las maravillas creadas y puestas en práctica utilitaria por el ingenio humano, las cuales son tan grandiosas que, aunque no pueda ni deba desatenderse la economía, es lo cierto que es innecesario el ahorro, ese ahorro que se nos aconseja para que nos conformemos con la privación, porque la producción, excediendo al consumo, ni siquiera hay donde almacenarla, Más aún: la misma abundancia ¡absurdo incomprensible! se convierte para los desheredados en causa de escasez.

En la actualidad se hallan los continentes cruzados en todas direcciones por inmensa red de ferrocarriles, y los mares surcados por miles de rápidos buques, que transportan de cerca y de lejos viajeros y mercancías.

Esa facilidad de relaciones y de cambio, que concierta pensamientos y satisface necesidades, es reciente: Napoleón consideró como novedad sin trascendencia el primer barco de vapor que atravesó el canal de la Mancha; el 26 de agosto de 1836 se inauguró el primer ferrocarril de Francia entre París y Saint Germain.

Ese grandioso movimiento, de cuya iniciación pueden existir todavía, aunque escasos, testigos presenciales, está de tal modo compenetrado con nuestro modo de ser social, que al ignorante y al indiferente les parece antiquísimo.

Existe en el mundo civilizado una fuerza activa que excede de 200 millones de caballos de vapor; y teniendo en cuenta que cada fuerza-caballo técnico representa tres caballos, y cada caballo equivale a la fuerza de siete hombres, prescindiendo de la valoración de otros y poderosos medios de producción mecánica, antiguos y modernos, como el aire, las corrientes fluviales, las mareas, la electricidad, etc., etc., para unos 1.500 o 1.600 millones de habitantes de que consta cada generación, disponemos de más de 4.000 millones de fuerzas humanas.

Para conocer y domar de tal manera las fuerzas naturales, la humanidad ha observado, ha estudiado, ha trabajado mucho. Por el trabajo, que es observación, método, generalización, serial, aplicación práctica y transformación aplicable a la realización de deseos y a la satisfacción de necesidades individuales y colectivas, tenemos hoy terrenos habitables donde había enmarañados bosques, pantanos cenagosos y climas insanos; tierras antes estériles, nos suministran ricas y abundantes mieses; rocas abruptas que contenían guaridas de fieras, sostienen en la actualidad terraplenes donde se cultiva la vid y el olivo; plantas antes silvestres, de fruto áspero y raíces no comestibles, transformadas por ingertos y reiterados cultivos, se han convertido en hortalizas o árboles frutales útiles y agradables; los ríos son navegables; las costas, conocidas y accesibles; los tesoros minerales, desentrañados, y donde quiera que se entrecruzan las vías de distribución y de correspondencia brotan y crecen ciudades, en cuyo recinto se acumulan las riquezas de la industria, de las artes y de las ciencias.

Más aún: un campo que se rotura es una riqueza presente y futura; un campesino que planta un árbol crea frutos para sus nietos; una idea, un descubrimiento científico, un invento industrial o una creación artística, ocurridos en Barcelona, en España, en cualquier parte del mundo, cerca o lejos, gran centro de población u olvidado caserío rural, son producciones que cunden y circulan con rapidez por todo el mundo y quedan indefinidamente para

satisfacción de necesidades materiales y morales de las generaciones venideras, siendo a la vez origen de nuevas y multiplicadas producciones; el alfabeto, la numeración, la imprenta, el telégrafo, el fonógrafo, el aeroplano, el dirigible, el camino, el puente, el ferrocarril, el canal, el puerto, el barco, la casa, los muebles, el libro, el cuadro, el museo, la academia, la universidad, la fábrica y muchos etcéteras que pueden añadirse, representan resúmenes de conocimientos y trabajos legados por generaciones anteriores, sacrificios impuestos en vista de necesidades presentes y una riqueza de saber y de poder legada por la generación viviente a sus sucesoras.

Se ha llegado a tal fuerza productora, que mientras el antiguo cazador de los tiempos prehistóricos necesitaba un espacio enorme para encontrar el alimento para sí y para los suyos, el civilizado, con fatiga infinitamente menor y en un territorio relativamente pequeñísimo, produce lo necesario para sí y para su familia y un excedente para el cambio.

En el suelo virgen de las praderas de América, dice Kropotkin, cien hombres, con la ayuda de poderosas máquinas, cultivan en pocos meses el trigo necesario para que puedan vivir un año diez mil personas. Con las máquinas modernas, cien hombres fabrican en poco tiempo telas con que vestir a diez mil hombres durante dos años. En las minas de carbón bien organizadas, cien hombres extraen cada año combustible para que se calienten diez mil

familias en un clima riguroso. En la agricultura, en la industria, en la ciencia, en el conjunto de nuestra organización social y sin más que con el cuidado y vigilancia de los siervos de hierro y de acero que ha creado el ingenio humano, la humanidad entera podría llevar ya una existencia de paz, de bienestar, de felicidad.

Innecesario detallarlo: entre el debe y el haber de la humanidad hay un riquísimo superávit. Según cálculos estadísticos positivos, se ha demostrado que con lo que se produce, a pesar de lo irregular y antieconómico de la producción bajo el régimen del privilegio, dado el número de los habitantes del mundo, correspondería a cada uno tres raciones alimenticias y cinco raciones industriales.

Los hechos hablan: con lo que se produce, a pesar de cómo se produce, la humanidad actual podría sostener dos humanidades más.

Respetando el neo-maltusianismo, con el cual no me meto aunque lo considero discutible, digo que el antiguo maltusianismo, que ya no existe más que en la mollera de unos cuantos burgueses triunfantes, no por más fuertes ni más inteligentes, sino por ruda testadurez o por hallarse ciegamente favorecidos por la casualidad —o por el negocio— está negado por los hechos más que por las teorías.

Hoy el hombre rico que niegue a un hombre pobre, a su hermano en la humanidad, su derecho al cubierto en el banquete de la vida, comete un fratricidio.

La religión, que predica la caridad como atemperante a la injusticia social, aunque predicada al mundo desde el pulpito y aun desde el trono de la infalibilidad, queda reducida al triste menester de excusa del privilegio.

La frase de Santo Tomás de Aquino: “los ricos no son ricos sino administradores de los pobres”, lo mismo que la profecía evangélica: “siempre habrá pobres en el mundo”, quedan desmentidas por la actividad humana, por la sociología y por la evolución progresiva. El que lo niegue, si funda su negativa en sus creencias religiosas, blasfema contra la misma justicia divina que acata y adora, contra la idea de absoluta justicia; si se funda en teorías de determinada escuela economista, se equivoca.

Los estadistas y legisladores que conservan el bárbaro espíritu de la ley de las Doce Tablas, que cuenta veintitantos siglos de legalización de la iniquidad, e incurriendo en contradicción flagrante, escriben en las constituciones democráticas de los Estados modernos derechos populares que se hallan en pugna con los Códigos civiles y que luego castigan los Códigos penales, cometen legalmente, además de un absurdo, un crimen; pero crimen de extensión y alcance incalculable por el número inmenso de víctimas que produce.

El proletariado acusa a la actual civilización.

Si hoy existen parias que ante el progreso de las ciencias quedan analfabetos; que ante los progresos de la agricultura, de la industria y de la facilidad de cambios y transportes no tienen pan ni albergue; que ante el fausto y la insultante alegría de los que gozan han de sentirse poseídos de envidia, de odio y de rabia dando frutos fatalmente legítimos de tan deprimentes pasiones, ¿quién puede tirarles la primera piedra? No serán ciertamente los capitalistas que constituyen aquellas compañías marítimas, carrilanas o mineras sobre cuya conciencia, por afán de lucro, pesan naufragios, descarrilamientos o explosiones de grisú, sin que legalmente pueda exigírseles responsabilidad; no serán tampoco aquellos propietarios, industriales y comerciantes que despojan al productor del fruto de su trabajo, cargándole además, como inquilino y como consumidor, con las enormes exacciones con que se paga el tributo y con que se forma la renta; ni menos aquellos gobernantes que, sobre tener a su cargo el estancamiento social, sostienen la paz armada y pueden declarar guerras que cuestan miles de vidas y ruinas y desastres incalculables; ni mucho menos aquellos políticos que con falsos programas embaucan electores a quienes encubren y dificultan cuanto pueden el progreso de la ciencia evolucionaría y revolucionaria.

Todo filósofo, todo científico, todo artista que no busque preferentemente la verdad, la bondad y la belleza en sus relaciones

con la equidad como base fundamental de la sociedad humana, son servidores de la mentira, de la maldad y de la fealdad; son Judas que entregan la víctima desheredada por los treinta dineros que les paga el Sanhedrín de la usurpación propietario-capitalista.

Para regular las relaciones humanas dándoles un fundamento de derecho y una finalidad jurídica, se aplican dos criterios: el que parte del individuo, considerado como miembro social y como súbdito nacional, y el que se funda en la naturaleza humana. Por el primero se entiende que el derecho, derivado de las costumbres, definido por el legislador y consignado en las leyes, sirve de norma a los gobernantes, a los jurisconsultos y a los individuos en general; por el segundo el derecho humano es ingénito en el hombre, ilimitado y absoluto, concuerda con las leyes naturales y es anterior a toda ley escrita o consuetudinaria. En un caso el hombre resulta hechura del hombre, formado por la rutina, el dogma y la autoridad; en el otro es un resultado fisiológico, en evolución constante, marchando hacia una perfección indefinida.

Las consecuencias de una y otra teoría, a pesar de la sencillez de su enunciado, son diametralmente opuestas: afirmando el derecho con relación al individuo, resulta que siendo la parte inferior al todo, el individuo se halla supeditado a la colectividad, al Estado. Por eso decían los romanos, y después de ellos todos los tiranos del *Salus populi*, que en substancia significa: la salvación

del imperante, autócrata u oligarquía dominadora, es la suprema ley. Fundando el derecho en la naturaleza humana, ha de considerarse igual en todos los individuos sin excepción, y cada cual puede reivindicar para sí este grandioso y atrevido pensamiento de Pi y Margall:

“Homo sibi Deus —ha dicho un filósofo alemán— el hombre es para sí su realidad, su derecho, su mundo, su fin, su Dios, su todo. Es la idea eterna, que se encarna y adquiere la conciencia de sí misma: es el ser de los seres, es ley y legislador, monarca y súbdito. ¿Busca un punto de partida para la ciencia? Lo halla en la reflexión y en la abstracción de su entidad pensante. ¿Busca un principio de moralidad? Lo halla en su razón, que aspira a determinar sus actos. ¿Busca el universo? Lo halla en sus ideas. ¿Busca la divinidad? La halla consigo.

Un ser que lo reúne todo en sí es indudablemente soberano.

El hombre, pues, todos los hombres son ingobernables. Todo poder es un absurdo. Todo hombre que extiende su mano sobre otro hombre es un tirano. Es más: es un sacrilego”.

Derivado del antiguo error romano subsistente y arraigado aún en la mente de los privilegiados y de sus servidores los estadistas de todos los partidos políticos, sostenido hasta por los que se

denominan revolucionarios y radicales y únicamente rechazado por el proletariado continuador de La Internacional, tenemos el concepto vigente de la propiedad, con su indispensable adlátere el inicuo derecho de acceso y consiguiente dualismo social, representado por la división de propietarios y asalariados, formas modernas de la antigua división en hombres-persona y hombres-cosa.

Los políticos en general parten del mal criterio, y si alguno como pensador suelto y desligado de compromisos políticos tiene atrevimientos radicalmente racionales, los olvida o los niega en cuanto las circunstancias lo reclaman, y se vuelve misoneísta, odia las innovaciones, porque así lo exigen las leyes que como gobernante ha de hacer cumplir, los privilegios que ha de hacer respetar y la sumisión que con el nombre de orden ha de imponer. Por eso veréis que cualquiera que sea el criterio particular de esos hombres sobre la propiedad, nunca llegarán a inscribir en sus programas nada que tienda a la expropiación necesaria para la participación de todos en el patrimonio universal.

En cuanto al buen criterio, fuerza es reconocerlo, únicamente lo posee ese proletariado emancipador que desde la Internacional lucha, sufre y se sacrifica, declarando y demostrando, por su organización libre y su acción sindical, que detesta el privilegio y no lo quiere ni para sí mismo.

A pesar de cuantas sutilezas se han inventado para justificar el concepto legal de la propiedad, siempre resultará cierto que el planeta que habitamos, con todas sus riquezas naturales, es anterior a la humanidad. Es seguro que la aparición de los primeros hombres no se presentó ninguno provisto por autoridad superior y competente de un título de propiedad, ni había nadie autorizado para reconocerle, ni se dijo una palabra del “derecho en las cosas” (*in re*), ni del “derecho a la cosa” (*ad rem*), ni de todos esos enredos legales, ridiculamente hacinados en la llamada ciencia del derecho, que establecen que don Fulano, por haberse inscripto en el Registro de la Propiedad, sea dueño de un pedazo de mundo, y que muchos hombres no tengan tierra que pisar.

Y si ni mono, ni antropopiteca ni hombre alguno nació propietario por derecho divino, así ha seguido sucediendo, y así sucederá siempre, y por tanto, el suelo pertenece, no al primer ocupante, ni menos a su heredero, y mucho menos a un comprador, sino a todo el mundo, sin que prescriba jamás este derecho de todos y de todas, porque un legislador cómplice de un conquistador, con la bendición de un sacerdote de una religión cualquiera, —puesto que todas las religiones bendicen al usurpador triunfante— hayan estatuido lo contrario, y los vencidos lo hayan acatado por debilidad primero y por ignorancia después, admitido como está por la razón que el derecho humano es ilegislable y por añadidura inalienable e imprescriptible, pensamiento que me complazco en reforzar con autoridad que no puede ser sospechosa en este asunto, la de León

XIII nada menos, quien en su famosa encíclica *Rerum Novarum* formuló este pensamiento que puede suscribir todo anarquista: “No existe razón para recurrir a la providencia del Estado, pues el hombre es anterior al Estado, ya que antes de que se formara la sociedad civil tenía por la naturaleza el derecho de proveer a sus necesidades”.

Así, pues, bien puede decirse, sin que racionalmente lo niegue nadie, que hay una riqueza natural a disposición de los hombres, sin exclusión ni privilegio, ni más limitación que la consiguiente a la prudente participación de todos, de la cual puede decirse, parodiando un decir de la fraseología política, que la ración de cada uno se limita por la ración de todos y por la prudencia conservadora; que hay también una ciencia formada y acrecentada incesantemente, no sólo por obra extraordinaria del genio, sino con el concurso de éste y con el resultado de la observación, del estudio y de la metodización de los observadores y pensadores de todos los tiempos, de todos los países y de todas las razas, comulgando en la grandeza de la unidad humana, que no sólo no debe limitarse a los favorecidos por la usurpación propietaria que en el día tienen acceso a la Universidad, sino que ha de considerarse que la ciencia es un bien inagotable que cuanto más se toma de él más aumenta, y, por último, que con los bienes naturales, la aplicación de la ciencia a la producción y con el trabajo se forma una riqueza social a cuya elaboración, disueltas las actuales clases y jerarquías en la igualitaria fraternidad humana,

tienen todos el deber de contribuir y de cuyo beneficio tienen todos el derecho de participar.

Como consecuencia: no tiene dueño la tierra, como no lo tiene el aire, la luz, los mares, el subsuelo, las energías naturales conocidas o desconocidas, ni todo cuanto existe sin el trabajo del hombre; no tiene dueño la ciencia, bellísima y práctica representación de la solidaridad humana, suma total de los conocimientos parciales de cada ser, de cada generación, de cada pueblo histórico, de cada gran agrupación étnica; no tienen dueño los medios de producción, don natural o consecuencia y aplicación de los conocimientos científicos. Porque la tierra, la ciencia y los grandes artefactos mecánicos no los crearon sus detentadores, sino que se crearon por causas independientes de la actividad del hombre o se produjeron por el trabajo de la inmensa mayoría de los hombres, descontados únicamente los privilegiados usurpadores y holgazanes.

Con la riqueza natural y con la producida por el estudio y el trabajo se forma el gran patrimonio universal. ¡*Patrimonio*, bienes de nuestros padres, que de derecho pertenecen a todos los humanos, a todos los hermanos y a cuantos viven en cada generación!

Firmes en este terreno, del que no pueden modernos todos los jurisconsultos del mundo con su pretendida ciencia jurídica, los obreros emancipadores cumplimos el antiquísimo programa de los

cuatro deberes, consistente en reconocer el sufrimiento, estudiar sus causas, querer su supresión y buscar el remedio, y con datos de ciencia social, elaboramos el ideal de la sociedad justificada y demostrando no ser exclusivamente negativos y demolidores, sino que somos los únicos que trabajamos en terreno positivo y sólido desde el cual podemos decir al mundo burgués: hay leyes injustas que vinculan lo que nadie ha creado o lo que crearon nuestros antecesores; los que formularon esas leyes, los que las conservan, los que a ellas se someten y los que las aprueban se colocan fuera de la realidad de la vida y todos juntos promueven el conflicto a que aludía Salmerón en su celebre discurso en defensa de La Internacional, con la siguiente gravísima sentencia:

“Consistiendo la propiedad en los medios materiales que necesitamos apropiarnos para realizar los fines de la vida, no se da sólo en razón de la personalidad humana de cada sujeto o individuo, sino en relación al fin de la vida racional que debe cumplirse mediante actividad y trabajo. Por consecuencia la propiedad es justa y legítima, en tanto que viene a servir a los fines racionales de la vida humana; y cuando esto no sucede, la propiedad es injusta, la propiedad es ilegítima, la propiedad debe desaparecer... Cuando una clase social, un pueblo, una raza dejan de servir al fin que debían realizar y cumplir, nuevas clases, pueblos y razas surgen del fondo de la humanidad y adquieren, arrebatan o

usurpan, si queréis, la propiedad a las entidades decrépidas e impotentes, para emplearla como medio esencial a la realización de los fines sociales desamparados”.

Ved en esas palabras explicadas con maravillosa sencillez la pura y verdadera teoría revolucionaria, y además la justificación de la revolución con todas sus consecuencias, accidentes, tragedias y reorganización de la sociedad.

Considérese que tales palabras las pronunció, no un demagogo, no un adulador de las multitudes ignorantes y hambrientas, sino un gran pensador, un hombre reputado como poseedor de una de las inteligencias más grandes y mejor equilibradas, un político que en la austera severidad de su conciencia arriesgó siempre que fue necesario su fama, su prestigio y su popularidad y por ello murió en el ostracismo, mientras se rinden ovaciones casi diariamente a personajes que ocultan taras indeclarables bajo los oropeles de relumbrón.

El pensamiento de Salmerón concuerda con el de otro hombre eminente y aun más prestigioso, Pi y Margall, quien en el mismo debate sobre La Internacional, expuso:

“El poder y la propiedad contraen una unión indisoluble; la propiedad lleva anejo el poder; el poder lleva aneja la propiedad. La tierra, antes de la revolución estaba en su mayor parte amayorazgada en la nobleza,

amortizada en el clero, fuera de la general circulación... Para desmayorazgar los bienes de los nobles habéis rasgado las leyes seculares a cuya sombra se habían establecido; para apoderarse de los bienes del clero secular y regular habéis violado la santidad de contratos por lo menos tan legítimos como los vuestros, proclamando el principio de la conveniencia pública; pues La Internacional no pide sino que la propiedad se generalice más, que la propiedad se universalice... Pues que, la tierra, que es nuestra común morada, que es nuestra cuna y después será nuestro sepulcro, que contiene todos nuestros elementos de vida y de trabajo, que entraña todas las fuerzas de que disponemos para dominar al mundo, ¿había de ser poseída de una manera tan absoluta por el individuo que la personalidad social no tuviera derecho de someterla a las condiciones que exigen sus grandes intereses? ¿Por dónde venís, pues, a decir que es inmoral la aspiración de las clases jornaleras?”.

Confirma la verdad y la grandeza de esas lumbreras del pensamiento español otro grande hombre de prestigio mundial, el gran pensador que contribuyó eficazísimamente a la constitución de la Asociación Internacional de los Trabajadores, Carlos Marx, quien, para desengaño de reformistas y para desautorización de marxistas averiados que bajo la marca del marxismo introducen de

contrabando socialismo aburguesado, presenta como en placa fotográfica, la situación actual de la sociedad de nuestros días, en las siguientes palabras:

“En el sistema capitalista, en que los medios de producción no están al servicio del trabajador, sino el trabajador al servicio de los medios de producción, todos los métodos para multiplicar los recursos y la potencia del trabajo colectivo se practican a expensas del trabajador individual; todos los medios de desarrollar la producción se transforman en medios de dominar y explotar al productor; hacen de él un hombre truncado, parcelario, o el accesorio de una máquina; como otros tantos poderes enemigos, le oponen las potencias científicas de la producción; sustituyen el trabajo atractivo por el trabajo forzado; hacen más penosas cada vez las condiciones en que se efectúa el trabajo, y someten al obrero durante su servicio a un despotismo tan mezquino como ilimitado, transformando la vida entera en tiempo de trabajo y encierran a su mujer y a sus hijos en los presidios capitalistas.

Por si tales anomalías no fueran suficientes, todos los métodos que ayudan a la producción de la supervalía, favorecen igualmente la acumulación, y toda extensión de esta acumulación necesita a su vez de aquellos

métodos. De lo cual resulta que, sea cual fuere el tipo de los salarios, alto o bajo, la condición del trabajador ha de empeorar a medida que el capital se acumula; de un modo tal, que acumulación de riqueza por un lado, significa acumulación igual de pobreza, de sufrimiento, de ignorancia, de degradación física y moral, de esclavitud, por otro, o sea del lado de la clase que produce el mismo capital”.

¡Qué contraste que ofrece el pensamiento tan racional, tan lógico, y por lógico y racional tan radical de esos grandes hombres, con el del jefe actual del socialismo español y el del llamado radicalismo y el de los trabajadores que les siguen, que, como cerrando los ojos a la razón, y como si La Internacional no hubiera declarado que la emancipación económica de los trabajadores es el gran objeto a que debe subordinarse todo movimiento político, pretenden supeditar las reivindicaciones proletarias a las míseras conveniencias políticas, y a la posibilidad, a la oportunidad de lo que pueda ser sancionado por la *Gaceta*!

El ideal de la humanidad, y, por tanto, el de toda colectividad y el de todo individuo, ha de ser realizar la más alta suma de cultura positiva; no de esa cultura hipócrita que disfraza la ignorancia con la suavidad del servilismo. Se ha de procurar y se ha de obtener el mayor grado de exaltación de todos los funcionamientos superiores de que el hombre es susceptible, y esa cultura tan intensa como

pueda concebirse, ha de extenderse de un modo ilimitado, no como hoy sucede, que se halla estancada en la clase privilegiada y reducida a un corto número de profesionales, especialistas o genios excepcionales, mientras la inmensa mayoría, esclavizada por el salario, vegeta en la ignorancia hasta el punto de haber un número inmenso de analfabetos, sin que el que muchos explotados sepan leer atenúe la acusación general de ignorancia sistemática a que la sociedad los tiene condenados.

Además el ideal ha de ser considerado como inmediatamente práctico; considerarle como lejano equivale a declararle imposible. Aplácelo tanto como quiera el burgués liberal; acepten los obreros no sindicados las reformas que como cebo electoral les prometen los candidatos políticos, y verán como el tiempo pasa, la absorción capitalista crece, el número de trabajadores reemplazados por las máquinas aumenta, y el conflicto entre la miseria y la propiedad se agrava en vez de dar el menor paso hacia la solución del problema.

¡La esclavitud del salario! ¡Causa horror considerarla! ¡Harto lo sabéis! Es la inferioridad social, la inseguridad permanente, la privación continua, la humillación perpetua; es el hablar con la gorra en la mano al superior que os habla cubierto, tuteándoos y mirándoos con desdén; es la constante amenaza de la imposibilidad de continuar la vida, no sólo para nosotros, sino también para los seres que amamos y que de nosotros dependen; es el incesante temor de ser despedido, de carecer de trabajo, de

ser víctima de una enfermedad, y también de que la muerte os arranque el amor de la compañera y de los hijos, y entonces, cuando este pensamiento se clava en la mente del asalariado, se horroriza porque teme ver a su hijo perdido en el vicio o en el crimen y a su hija sumida en el abismo de la prostitución.

Tales temores tienen un fundamento tristemente positivo; los que viven en condiciones regulares de higiene pueden morir en la proporción del 10 por 1.000 al año; los que viven atosigados por el trabajo, mal alimentados, indefensos por la ignorancia y en un medio insano y antihigiénico mueren 30 por 1.000, lo que en una población de 600.000 habitantes como Barcelona da una diferencia de 42.000, que son otros tantos compañeros, hermanos nuestros que mueren cuando racional y fisiológicamente debieran vivir, sacrificados en aras de la explotación propietario-capitalista.

Y estos pensamientos y estos temores desgarran el corazón y le llevan a uno a trabajar por el progreso, por la perfección, por la justicia, para que cuanto antes puedan los hombres vivir sin tan horribles amarguras.

Se ha pretendido someter la ciencia a una interpretación, construir una ortodoxia científica y rechazar como heterodoxos y heréticos todos los pensamientos discordantes de la definición oficial. Siguiendo las huellas de la intransigencia religiosa, y para que no falte la similitud entre la fe científica y la fe metafísica, se ha

forjado una especie de Santo Oficio moderno que castiga a los incrédulos pobres. Esa nueva inquisición no entrega ya sus víctimas al brazo secular, porque es ese mismo brazo secular el encargado de juzgar y ejecutar; pero castiga no menos cruelmente que la antigua a los pobres reos de libre examen, a los culpables de libre manifestación del pensamiento libertador, que viven tiranizados en las más bajas capas sociales, y si no hemos vuelto a los tiempos en que se perseguía la fatal manía de pensar, vivimos en otros en que se dictan leyes excepcionales para perseguir el pensamiento de los oprimidos y castigar actos lícitos, no sólo según las más elementales nociones del inmanente derecho humano, sino según las mismas leyes fundamentales del Estado. Leyes *scélérates* se denominan en la república francesa las que, a semejanza de las dictadas en otras repúblicas y en las monarquías, sirven de amparo y defensa al privilegio y se oponen al avance progresivo de la idea liberadora de todos los oprimidos.

Sostiene hoy la clase directora como artículo de fe, con sanción penal en sus leyes *scélérates*, que los que en la sociedad disfrutan del poder, de la riqueza y de la ciencia son los individuos preponderantes por más fuertes y mejor dotados, y, por consecuencia, los pobres, los desheredados, los trabajadores son seres inferiores, irredentos e irredimibles que han de aceptar su suerte.

Cuando la burguesía se determine a escribir su catecismo para uso de la escuela laica, que los burgueses demócratas quieren confundir con la escuela racionalista, pondrán al frente de su primer capítulo: “La naturaleza ha llegado al perfeccionamiento relativo de las especies por la eliminación sucesiva de los individuos mal conformados. Esta eliminación se efectúa principalmente por medio de la lucha por la existencia, en la cual los seres mal dotados son vencidos y suprimidos por los más fuertes y más inteligentes”.

Ante todo niego valor científico a la palabra *lucha* empleada en ese futuro artículo de fe que corre hoy como dogma burgués; porque *lucha*, en su sentido recto, que es como ha de tomarse toda palabra para que tenga valor científico y no dé lugar a interpretaciones y dudas, significa conflicto pasional entre dos inteligencias y dos voluntades, que se resuelve por la fuerza y en que puede aceptarse una solución pacífica o resultar un vencedor y un vencido, y ser precedida y seguida de un estado normal de paz y tranquilidad.

Dudo que la frase *lucha por la existencia* traduzca bien el pensamiento de Darwin; porque lo experimental, lo cierto, lo racional, lo verdaderamente científico es que todo lo que vive conserva su existencia acomodando su manera de ser al medio más favorable, adaptándose lo que le favorece y puede alcanzar, y rechazando, si puede, lo que le perjudica; pero eso no es luchar. Luchan, y luchan a muerte, y bueno es que luchen, dos seres o dos

colectividades entre sí impulsadas por el deseo o por la necesidad de obtener una cosa única: una hembra, una comida, una distinción, una ventaja, una hegemonía; no luchan las cosas y los seres por las adaptaciones y combinaciones de lo inconsciente, de lo desapasionado, de lo involuntario, de lo incapaz de luchar que necesitan y encuentran, fácil o difícil de alcanzar, logren o no alcanzarlos.

Los seres vivientes viven, y no luchan esencialmente por y para vivir, sino que luchan excepcionalmente cuando otro ser, rival o concurrente le disputa algo que considera necesario a su existencia.

Entre el individuo, persona o colectividad, siempre exigentes, y el medio ambiente, demarcación geográfica o conjunto nacional consuetudinario y jurídico, siempre resistente, existe constante e ininterrumpible una acción y una reacción, efectuando una especie de vaivén determinado por unas oscilaciones semejantes a las de un péndulo que recibiera impulso contradictorio y diametralmente opuesto. La ley de ese movimiento constituye el progreso: su detalle forma la historia; su conocimiento anticipa el ideal.

La *lucha por la existencia* es una frase vacía de sentido, es una frase fantasma encubridora de una gran injusticia, opuesta al progreso, y, por tanto, opuesta a la libertad individual y a la igualdad social.

Invocar en nombre de la ciencia la lucha por la existencia es como profetizar en nombre de la divinidad que siempre ha de haber pobres en el mundo; frases ambas que constituyen, más que dos errores, dos grandes crímenes de lesa humanidad.

No culpo a Darwin ni a los sabios que de buena fe le siguen. Sé que la burguesía ha truncado con miras egoístas de clase el pensamiento de aquel gran hombre, como ha demostrado Kropotkin con su *Entr'aide* (Ayuda mutua), y como la entiende el proletariado con la Asociación Internacional de los Trabajadores y con sus Confederaciones Generales del Trabajo, obra del sindicalismo moderno, expresión nueva de la gran solidaridad obrera internacional.

Suele decirse a los trabajadores, por escritores burgueses y aun yo recuerdo haberlo leído por algún escritor obrero procedente del socialismo parlamentario, “que ninguna clase social debe intentar una revolución mientras no sea la clase más fuerte; y no ya por su ideal, sino por su superior inteligencia, por su mayor moralidad, y esto no de un modo relativo, sino absoluto”.

Y considero que el obrero que tal crea se pierde para siempre para el compañerismo, para la acción común, para el progreso, porque esa afirmación es contraria al espíritu de la historia, en que resplandece el valor moral y material de las minorías como activísimos agentes progresivos.

La Enciclopedia, gran obra intelectual precursora y en gran parte causante de la Revolución Francesa, la escribieron unos cuantos sabios, y no sólo no brillaba entonces la burguesía en general por su superior inteligencia, sino que hoy, transcurrido más de un siglo, abundan los ignorantes adinerados.

El proletariado actual no asiste a la universidad, ni casi a la escuela; pero sabe que es explotado, que se le alambica la vida por medio del jornal, queja accesión es la línea divisoria que rompe la unidad humana para sostener la división de pobres y ricos, y como quiere su parte en el patrimonio universal, pasa de largo ante consejos impertinentes y tira a romper el falso equilibrio de la actual sociedad.

No diré que esto baste para el logro de su propósito; pero tan lejos estoy de creer en la superioridad intelectual y moral de la burguesía, que aseguro que lo que falte de sabiduría a los obreros lo completarán con su torpeza los burgueses.

Los actuales usurpadores y usufructuarios del poder y de la riqueza no son, pues, los más inteligentes ni los mejor dotados por la naturaleza, sino los favorecidos por la trampa del privilegio. Si en la sociedad de los seres bien datados prevalecieran y suprimiesen a los inferiores, tendríamos una sola categoría de poderosos, ricos y sabios, y el paria no hubiera podido transformarse en esclavo, siervo ni proletario, escala progresiva por la que los seres tenidos por inferiores o débiles han llegado hoy a la vida de la democracia y

alcanzarán mañana la acracia. La historia al consignar el progreso social, que consiste principalmente en la supresión de las diferencias de clase, evidencia con perfecta claridad la afirmación contraria: el señor absoluto de vidas y haciendas que se creía tan poderoso como un dios, cuya voluntad subyugaba todas las voluntades, cuyo capricho era la única ley, fue sucesivamente compartiendo su poder con diferentes categorías sociales que ante él se levantaban, llegando en el día a convertirse en una vana sombra de majestad protectora de la burguesía dominante, que pacta con las poderosas fuerzas democráticas, en tanto que llega el último término de la evolución social con el establecimiento de la acracia, que eleve el nivel común de las condiciones sociales al punto final de la aspiración de justicia.

Para que los supuestos vencedores en la supuesta lucha por la existencia tuvieran razón, esa lucha hubiera durado un plazo más o menos largo, pero hubiera terminado por la supresión de los débiles y los inferiores; los fuertes y los superiores hubieran quedado solos, y como en su soberbia ninguno hubiera querido someterse al duro trabajo, hubieran quedado como reyes sin vasallos, legisladores sin pueblo, generales sin soldados, pastores sin grey, sabios sin admiradores, artistas sin público; no habiendo cultivadores, productores ni abastecedores de lo indispensable para la vida, en cuyas faenas se han ocupado siempre los inferiores, la vida hubiera terminado por un cataclismo más tremendo que el anunciado para el juicio final.

¡Oh, no, y mil veces no! Mientras veamos individuos que salen de los abismos de la miseria y de la ignorancia para alcanzar las posiciones más brillantes y gloriosas, y sea posible, por el contrario, que los descendientes de los recién encumbrados o de los encumbrados de larga fecha, caigan en la abyección y el embrutecimiento; mientras veáis al proletariado de las grandes poblaciones agitarse, discutir, organizarse, celebrar congresos, dar conferencias, publicar periódicos y constituir casi por sí solos la sociología, ciencia eminentemente revolucionaria, preparando la lucha final por la huelga general, y frente a ellos veáis a los restos de la aristocracia criar caballos, dedicarse a inútiles deportes, frecuentar el trato de horizontales y rufianes, y a los vástagos de aquellos burgueses que engordaron con la desamortización, o a los de los monopolizadores de la industria y el comercio, llevando todos a la Vista los estigmas del vicio y de la degeneración, vistiendo con servil sujeción a las exigencias de la moda, bien podemos asegurar que el nuevo dogma social es falso, ridículamente falso.

Para terminar, me complazco en reproducir, como garantía y confirmación de mis palabras, el pensamiento de un ilustre sabio, Marcelino Berthelot, manifestado en ocasión solemne, en París, ante representantes de sociedades científicas de todo el mundo, y que confirma nuestra idea del patrimonio universal y nuestro ideal de su conquista. Oidle:

“Lo que somos, sólo es atribuible en parte mínima a nuestra labor, a nuestra individualidad; porque casi en totalidad lo debemos a nuestros antepasados, antecesores nuestros por la sangre y por el pensamiento y si cada uno de nosotros añade algo al bien común, en orden de la ciencia, del arte o de la moralidad, débese a que una larga serie de generaciones han vivido, trabajado, pensado y sufrido antes que nosotros. Las pacientes labores de nuestros predecesores crearon esta ciencia que honráis en este momento.

Cualquiera que haya sido vuestra iniciativa individual, cada uno de nosotros debe también atribuir una parte considerable de sus éxitos a los sabios contemporáneos, concurrente con cada individuo a la gran tarea común.

En efecto, en los descubrimientos tan brillantes del siglo pasado, declarémoslo altamente, nadie tiene el derecho de reivindicar el mérito exclusivo.

La ciencia es esencialmente una obra colectiva, proseguida durante el curso de los tiempos por el esfuerzo de una multitud de trabajadores de toda edad, de toda nación, sucediéndose y asociándose en virtud de un acuerdo tácito para la investigación de la verdad pura y para las aplicaciones de esta verdad a la

transformación continua de la condición de todos los hombres”.

En resumen: pasado el período místico, nos hallamos en los dominios de la ciencia.

Por atavismo y por rutina, no hemos salido del poder del privilegio y hemos sostenido y venimos sosteniendo en el cuerpo social, como ténia devoradora, como repugnante solitaria, la propiedad individual, o por mejor decir, la usurpación propietaria, incurriendo, como consecuencia, en el absurdo de tener triplicados medios de vida y vivir en espantoso estado de privación y miseria frente a una opulencia desenfrenada.

Claro es que en tal situación, las nociones fundamentales de derecho, reconocidas por los maestros de la filosofía, son desconocidas en la práctica, y por más que el derecho de todos a la participación del patrimonio universal flote majestuoso y grande sobre la masa de convencionalismos y sofismas con que pretende excusarse la iniquidad triunfante, la verdad es negada, la justicia escarnecida y sólo domina la fuerza tradicional.

Por más que a última hora se ha querido dar base racional al privilegio mediante una especie de fraude científico, el recurso ha caído en el ridículo, y el ideal de la humanidad libre, igualitaria, bella y feliz resplandece con brillo cada vez más refulgente.

Por esas razones el proletariado rechaza la limosna de la caridad, que le ofrece la Iglesia, y la del derecho, que le ofrece la burguesía democrática, y va directamente, no en busca de un falansterio utópico, sino a la conquista del derecho a la evolución, a normalizar la sociedad de modo que todos los asociados evolucionen y progresen libremente sin las trabas de la desigualdad.

He aquí el objeto racional y positivo de la actividad de todos los trabajadores del mundo; por eso hoy el proletariado, además de su propio redentor, es el redentor de la humanidad, el llamado a desvanecer el antagonismo de intereses que nos roe y consume, para establecer el fraternal comunismo que ha de producir la concordia universal.

Una eminencia científica española, el doctor Ramón y Cajal, ha escrito:

“La tierra para todos, las energías naturales para todos, el talento para todos: he aquí la hermosa divisa de la sociedad del porvenir. Urge, pues, reintegrar el hombre en las leyes de la evolución, devolver el capital, secuestrado en provecho de unos pocos, al acervo común de la colectividad, continuar, en fin, la historia biológica de la raza humana, estancada por el egoísmo y la injusticia de tres mil años de civilización”.

Conste: esa misma es mi afirmación en nombre de la Confederación Nacional del Trabajo. El proletariado quiere ante todo y sobre todo, como esencia de la libertad y de la igualdad, el derecho a la evolución; es decir, quiere la natural y racional determinación de la voluntad, conforme con las leyes de la naturaleza, que descubren los sabios y son opuestas a las que inventan los legisladores.